

Caracas. El collar del gigante

Strepponi, Blanca

Blanca Strepponi: Escritora venezolana de origen argentino. Ha publicado cuatro libros y recibido varios reconocimientos literarios. Es miembro del equipo editor del Fondo Editorial Pequeña Venecia y actualmente está a cargo de la coordinación de la revista Criticarte, Caracas.

«La poesía de la historia se resuelve
en la pregunta que el hombre se hace a sí mismo.
Y la poesía de la ciudad, que es nuestra poesía,
asume la forma de una pregunta».

Octavio Paz

¿Es verdad, la ciudad existe?

Desde la alta torre de madera, coronada por un inquietante estandarte negro, la banda de rock hechiza a la multitud y se impone sobre los disparos de los cañones. Enormes columnas de humo negro se elevan hacia el cielo sin nubes, el cielo terrible de las tardes calurosas.

Es la historia de Francia que desfila por la amplia avenida Bolívar, extraño paisaje para estas mujeres de la corte que indiferentes levantan hasta el cuello sus lujosos vestidos y airean sus sofocadas piernas.

Se trata del comienzo de la gran fiesta que cada dos años conmueve a Caracas: el Festival Internacional de Teatro. Pero esta vez, hay algo diferente. Los restos de un automóvil incendiado, la metralla disparada por los soldados heridos y sudorosos, este cuadro vivo de la guerra europea que cierra el desfile, evoca en el público un presente doloroso.

¿Porqué los cuidadosos urbanistas responsables del rescate de la avenida no procuraron más cobijo para los peatones? ¿Por qué sólo palmeras y no otros árboles más frondosos? Para que la sombra no fuera cómplice de los delincuentes. Así es que durante el día permanecen solitarios los bellos bancos de madera, pues nadie aspira a insolarse, y por lo tanto la posibilidad de ser agredidos es mayor. De noche, es un espacio para los desesperados.

Sin embargo, la avenida también es capaz de albergar una fiesta verdadera. El salón de la Revolución Francesa dispara miles de cartas de amor y la gente, de regreso a un entusiasmo inocente, las recoge y lee con fervor.

Aquí estamos todos por fin reunidos, jóvenes, niños, mendigos, ancianos, familias; miles de personas sonríen, los balcones y ventanas de los edificios sirven también de atalaya. ¿Es esto un milagro? ¿Es verdad, la ciudad existe?

Hacia el crepúsculo la luz ha perdido violencia y la hermosa tarde caraqueña suma al espectáculo su deslumbrante color. Los grandes estandartes continúan ondeando sus antiguas figuras, mientras un avión se recorta contra el cielo, en el espacio dejado por la mole de cemento y vidrio de Parque Central y el viejo y temido barrio de San Agustín, adosado como el resto de los barrios a una de las tantas colinas de Caracas.

No hubo atropellos ni desmanes. Nos portamos bien, como niños de visita en casa ajena. Amparados por la belleza, nos reconciamos con el mundo. El arte es útil.

¿Por qué sólo palmeras y no otros árboles más frondosos? Para que la sombra no fuera cómplice de los delincuentes.

El paisaje de las ventanas traseras

Las casas de los pobres se llaman ranchos, los ranchos forman barrios y ocupan los cerros. El resto, que corresponde al 40 por ciento de la ciudad, vive en urbanizaciones que ocupan los espacios planos o las colinas, también llamadas, por puro snobismo, lomas, cumbres o terrazas.

Vivo en Palo Verde, una urbanización de clase media baja, en el extremo Este, última estación del metro. Las raras veces que llego - casi digo «arribo» - por la superficie, sobre todo si es de noche, tengo la clara sensación de revivir las imágenes de «Blade Runner», la inolvidable película de Ridley Scott ¿Por qué? Porque tal como aquella ciudad apocalíptica, de sombría belleza, el conjunto de edificios idénticos surge como de la nada, sobre un terreno que se va elevando ligeramente. En la entrada, la moderna estación del Metro junto al corazón de toda urbanización caraqueña: el Centro Comercial, en este caso un gran bunker de cemento sucio, rematado por banderas unicolores. A la derecha, la calle que conduce a la pequeña zona industrial; al centro, la angosta y única vía principal, llamada pretenciosamente avenida.

¿Y a la izquierda? ¿Qué hay a la izquierda?

La urbanización Palo Verde, 20 años de construida, da la espalda a su flanco izquierdo, pretende ignorar la existencia del barrio José Félix Ribas, uno de los mayores y más antiguos de Caracas. Pero es inútil entre los resquicios dejados por los edificios se ve el barrio, el barrio es el paisaje de las ventanas traseras, el barrio es el horizonte norte, paralelo a lo único unánimemente amado por los caraqueños: el Avila, la montaña que nos separa del mar, la montaña que nos protege del mal.

Resumen de Caracas, Palo Verde tiene Metro, un centro comercial, fábricas, un barrio a sus espaldas y ahora tiene también lomas. Impulsados por la falta de espacio en el valle, los constructores detectaron un plan alto al final de la urbanización, trazaron amplias calles, pequeñas plazas - de las que Palo Verde carece - y llamaron a la zona Lomas de Palo Verde. Allí han comenzado a aparecer edificios de mejor calidad, con vigilancia propia, generosos estacionamientos, parques infantiles, con antenas parabólicas algunos, y otros que anuncian hasta sauna y jacuzzi; una oferta para una clase media más pudiente.

5La escena del espectáculo es la avenida Bolívar, una de las inútiles vías rápidas que ha sido rescatada con mediano éxito para una Caracas «más humana». En su corto recorrido hacia el centro, recoge la diversidad caraqueña caracterizada por una simultaneidad vertiginosa. Rodeada de parques, de amplias aceras con bancos y bellísimas palmeras, nace en la prestigiosa zona cultural y en su inmediata continuación: el descomunal grupo de torres llamado parque Central. Pasa por el edificio de la policía; gracias a la inquieta topografía cruza sobre el infierno del terminal de autobuses, su mercado de baratijas y la plaza de toros, todo conocido por el mismo nombre: Nuevo Circo; y sigue hasta las bocas de un túnel, base de las torres de El Silencio, feas construcciones gemelas que desde los 50 y hasta hace poco identificaron a la ciudad en las tarjetas postales. Ahora se pretende ocultarlas con una suerte de gigantes arco posmoderno - futura sede del Palacio de Justicia - en cuyo centro, a respetable altura, vela por todos un Bolívar infatigable, similar a la Victoria de Samotracia. Aquí se detiene esta luminosa avenida, frente a la oscuridad del túnel.

Los habitantes de las lomas querrán ignorar no sólo al barrio, sino a Palo Verde, pero es inútil: todo está a la vista, todo desemboca en la misma angosta calle, todos nos reuniremos en el Metro, bajo tierra.

¿De qué color es Caracas?

A pesar del hacinamiento, Caracas es verde. La ciudad ha arrebatado con empeño su espacio a la naturaleza, pero ésta muestra sus señales al menor descuido: las plantas crecen donde sea, deseadas o no, y los animales son una presencia constante. La variedad de insectos es asombrosa: zancudos, gusanos, abejas, avispas, mariposas espléndidas y desagradables mariposas nocturnas; lagartijas, culebras, perezas, ardillas, rabipelados... En cuanto a los pájaros, no deja de sorprender su extraordinaria diversidad. ¿En dónde resisten? En el Avila, claro está, miles de hectáreas de parque nacional bordeadas por una autopista; y en los jardines y en los innumerables cerros aún vírgenes porque no es posible construir sobre ellos.

Sobre el río Guaire, que atraviesa longitudinalmente el valle, y cuyas aguas se han convertido en cloaca, las garzas reposan y guardan el secreto de su intacta blancura.

Todavía es posible recoger mangos en la calle y son frecuentes los árboles de aguacate y otros frutales en los jardines. Caracas es verde.

¿De qué privilegio gozamos los habitantes de esta ciudad atormentada? Del Avila, responderá cualquiera.

Para los más activos, que son muchos, la contemplación no es suficiente. Apenas sale el sol, hileras de personas suben sus cuestas por las distintas entradas, según sus gustos y comodidad. Sin embargo, esta afición por la naturaleza y el cultivo de la salud no está exento de otros significados. En la subida de Altamira, una zona de clase alta, se reúne la flor y nata de la sociedad: políticos, empresarios, artistas, modelos, gente rodeada por el aura del éxito económico, chocante expresión para un país empobrecido vertiginosamente. Pero el Avila es de todos, no cabe duda. Por la empinadísima subida de San Bernardino, hacia el Oeste, grupos familiares ascienden con esfuerzo. Muchos no usan monos de trotar, sino viejos bluyines, tampoco sofisticados morrales de cintura, sino bolsas plásticas con botellas de refrescos y alimentos para merendar.

Dije antes que el Avila nos protege del mal. Esta generosa montaña es un refugio, está llena de misterios, de belleza, de fragancias, de silencio y sonidos enigmáticos, de cascadas frías y cristalinas, de pozos de agua transparente donde sumergir el cuerpo y olvidar. También hay peligro, pero el peligro obedece aquí a designios más nobles; el miedo aquí nos acerca a un mundo casi perdido.

La ciudad ha arrebatado con empeño su espacio a la naturaleza, pero ésta muestra sus señales al menor descuido.

El sonido del viento que agita las copas de los árboles, el fuerte aroma que la tierra, las quebradas que multiplican sin cesar el paisaje, embriagan los sentidos. Pero si por un instante el caminante se vuelve, como la mujer de Lot, quedará paralizado, esta vez por la extraña belleza de su visión: desde las laderas del Avila, Caracas ofrece su esplendor.

El rumor humano alcanza a cubrir con una débil pátina la voz de la montaña. Los hombres habitan el valle sinuoso y caótico, con sus barrios color terracota que persiguen meticulosamente el perfil de la tierra, sus altas torres de cristal en el eje central del valle y sus edificios de elegancia rebuscada, rematados por feas antenas parabólicas atentas al tronar del mundo.

Hacia el Oeste, una franja marrón en el horizonte señala la alta contaminación de la zona céntrica, y más hacia el Oeste ya no se ve nada, porque traspasando la frontera del centro hay otra Caracas, uniforme, ruidosa y compacta, la Caracas definitivamente pobre y violenta de los barrios y grandes bloques de edificios dejados de la mano de dios. Las espaldas de la ciudad, el rostro oculto e ignorado que hace oír empecinadamente su ira.

Pero de noche la ciudad es una joya, raro collar para un gigante que se extiende de Oeste a Este, con largos brazos hacia el Sur. Los cerros titilan y todo es hermoso, pues los deslumbrantes cielos nocturnos cubren compasivos la miseria de la tierra.

La ciudad de las madres

Caracas vive bajo el sol. Despierta furiosa al amanecer, plena de una energía indomable, contagiosa y extenuante, y continúa con idéntico carácter hasta que oscurece. A partir de las ocho de la noche, permanece casi solitaria.

Se trata sin duda de la herencia de una Caracas aldeana, que existió hasta hace pocos años, y cuyos hábitos monacales han sido reforzados ahora por una delincuencia violenta y persistente. Pero no son esos los únicos motivos del enclaustramiento nocturno.

Como en el resto del país, más de la mitad de la población tiene menos de 20 años. Alrededor de las 5 de la mañana, incluso antes, comienzan a iluminarse las venta-

nas, las madres trajinan en las cocinas y despiertan con esfuerzo a sus hijos, pues niños y jóvenes son víctimas de un horario cruel: las clases comienzan entre 7 y 7:30. Cargando loncheras y pesados bultos, grandes autobuses amarillos o señoras con improvisados transportes escolares, los recogen aún somnolientos. Obreros y empleados se suman al vertiginoso ritmo matutino.

Pero son los niños con su algarabía y presencia ineludible los que imponen sus necesidades y forman parte constante de la cotidianidad. Irrumpen en grupos en el impecable Metro, en los precarios autobuses, en las escasas plazas, bajo la mirada vigilante de los transeúntes. Puesto que la ciudad es hostil, y aunque los esfuerzos se multiplican y surgen escuelas, liceos, guarderías, nunca suficientes, los caraqueños siempre están dispuestos a velar por los niños ajenos.

Sin embargo, y cada vez más, la mujer trabaja y se esfuerza obstinadamente ante la figura desvaída del hombre. Es esta una sociedad matriarcal, posible de advertir sin siquiera consultar las alarmantes cifras de los expertos.

Nuestras orgullosas mujeres, vestidas con ropas ceñidas de estridentes colores, cargan a todas partes con sus hijos. Bajan altivas de los jeeps que descienden de los barrios, con sus pesadas bolsas de donde asoman los teteros de los más pequeños, seguidas por los mayores uniformados para la escuela, todos olorosos a jabón.

Caracas es una ciudad de mujeres, mejor dicho, de madres. Ejecutivas, obreras empleadas domésticas o profesionales, tienen mucho en común. Son madres agresivas en su feminidad, ostentando uñas pintadas de rojo, altos tacones y maquillajes teatrales, impositivas, valientes, solidarias, acostumbradas a asumir por sí mismas la responsabilidad familiar.

Y mientras la TV insiste en mostrar un mundo ofensivo de imágenes prósperas, de inverosímiles familias de ojos claros rodeados por relucientes electrodomésticos, la vida impone su verdad tenaz: somos más pobres, todo es más difícil.

Al anoecer, se apagan las luces en las habitaciones y Caracas se transforma en una ciudad de durmientes; multitud de pasajeros que navegan consolados por sus sueños.

La mancha negra

En la autopista que une a Caracas con el mar surgió una misteriosa y peligrosa «mancha negra»; el asfalto enfermó y se volvió resbaladizo. Nadie sabe exactamente la causa. Más tarde apareció también en otra autopista vital, la que une a Caracas con la ciudad de Los Teques, convertida por el desbordamiento de la población en un suburbio de la capital. La rara metástasis continúa: la mancha negra comenzó a invadir la céntrica avenida Urdaneta. Laboriosas cuadrillas se dedican a lavar el asfalto con complejas técnicas. Tenemos la esperanza de detener así el mal.

Este enigmático padecimiento de la ciudad, su significativo nombre, me remite a otras imágenes.

En febrero de 1989, estrenando el nuevo gobierno su paquete económico, sufrimos un trauma severo: masiva y espontáneamente, durante tres días, los habitantes saquearon la ciudad hasta ser finalmente contenidos por una represión brutal. La irracionalidad impulsó el surgimiento de vilezas que se creían sepultadas en un pasado colonial: temores de clase, prejuicios raciales, xenofobia. El fantasma de la violencia revivió en febrero de este año con un intento de golpe militar, señal inequívoca de un profundo deterioro. Una sombra, similar a esa mancha negra que se reproduce sin cesar.

Ya está claro que no somos una isla democrática en un mar de petróleo; tenemos al fin identidad, pertenecemos al Tercer Mundo.

Sin embargo, y a pesar de atravesar uno de los momentos más graves de su historia, la ciudad tiene, como nunca antes, una febril actividad cultural que cubre un amplísimo espectro. Los motivos de esta ebullición son múltiples y complejos, pero lo que importa es que su exigencia, junto a una renovada actitud reflexiva frente a la crisis, está transformando sutilmente la sociedad. La temible pregunta es: ¿será acaso tarde?

Muchos de nuestros intelectuales y creadores registran su asombro y extrañeza, han sido desbordados, pues aún los más jóvenes crecieron en una Caracas pueblerina y pequeña. Es demasiado nuevo el fragor de la ciudad. No hay; historia ni memoria. ¿Qué hay? Confusión, nostalgia, escepticismo, rechazo, temor, un profundo repliegarse sobre sí, un inútil esperar a que las aguas a su cauce, un cauce ya inexistente.

En este clima angustioso surgen, desde todos los ámbitos, vitales voces antes escuchadas, que expresan con lucidez un sentimiento de pertenencia inédito. Es ésta nuestra terrible Caracas la de colores brillantes, poblada de niños, donde la melancolía no tiene lugar, donde vive nuestra gente, empeñada en recuperar su dignidad.

Tal como esas cuadrillas que lavan con sus grandes mangueras y complicadas sustancias las autopistas y avenidas para curar nuestra ciudad, para restituirle su calidad preciosa: una joya para el gigante.